



casitas pequeñas y humildes sobre la falda de la montaña bajo la cual encuentran el sustento diario. Llegan a tomarle cariño a la mina, y casi a considerarse obligados a trabajar siempre en ella.

...
...
Son las ocho de la noche.

Por una de las torcidas callejuelas del mineral pasa un hombre embozado en un zarape, con el sombrero echado hacia los ojos, y mirando con desconfianza a todos lados. Atraviesa el centro del poblado y llega a la falda de uno de los cerros, donde se levanta una casita blanca, perdida casi entre una espesa nopalera. Avanza con cautela, procurando no ser visto ni hacer ruido; llega a la nopalera y sin temor a las espinas se agazapa bajo un nopal y espera un largo rato. El mineral está convertido en un emporio de alegría. En tres o cuatro casas hay baile, que seguramente terminará con un zafarrancho en la madrugada. Se escuchan los gritos de entusiasmo de los bebedores en las cantinas. En algunas de éstas hay una orquesta ambulante que toca las piezas de moda, mientras en otras, gracias a algún fonógrafo chillón, son la Conesa o Maximino Rosales, los que deleitan a los concurrentes.

Nuestro hombre lanza de vez en cuando un suspiro entrecortado. De pronto, se distingue la silueta de una mujer que avanza hacia la nopalera. El se levanta y la mujer se echa en sus brazos exclamando:

—¡Daniel!...

—¡Margarita!... ¿Por qué has tardado tanto?

—Estaba esperando que se durmieran todos.

—Sí... mientras yo tiritó de frío. Pero ya vendrá un día en que...

—Ojalá sea pronto, —dice Margarita suspirando.

—Y dime, ¿qué te pasa que con tanta urgencia me has llamado?

—Nada... pero... si vieras...

—¿Qué cosa?

Anoche tuve un sueño feo, pero muy feo.

—¡Hombre!... ¿Y qué hay por eso? A ver, cuéntame lo que soñaste.

—Soñé que tú te ibas muy le-

jos, que me dejabas y que ni siquiera te despediste de mí. Fue tanto mi pesar que desperté llorando...

—Pero... ¿quién va a hacer caso de sueños! Sabes que te quiero mucho, y si alguna vez me fuera yo de aquí, no me iría, sin ti, seguramente.

—¿De veras? ¿Me llevarías conmigo?

—Sin duda. Antes me muero que dejarte.

Y a la luz purísima de la luna se dijeron mil ternezas jurándose amor eterno. Se oyó un beso apasionado, que m a n t e y prolongado...

Las almas de aquellos dos seres se remontaron al infinito, en alas de la ilusión, bañadas por torrentes de luz de luna y arrulladas por la dulce música de aquel beso...

...
...
Las once de la mañana.

En el despacho de la mina se encuentran el Superintendente, el Jefe del Interior o "Minero Mayor" y dos empleados más. En el centro del despacho una camilla de lona que destila sangre salpicando los pies de los que se acercan a ella. En la camilla el cuerpo de un hombre, hecho pedazos; y un "patío" conteniendo la masa encefálica mezclada con piedrecillas; trozos de cuero cabelludo y de intestinos; dos dedos de una mano y fragmentos de carne...

—¿Y cómo fue esto?—inquire el Superintendente.

El "minero mayor" explicó el caso.

En cierta "labor" estaba una piedra que no había sido quebrada. Era una piedra enorme, que se había desprendido "del lado del bajo," o sea la parte del filón que queda hacia el lado sobre el cual se inclina el mismo filón; y para hacerla pedazos, ya que estorbaba el paso, se creyó conveniente "darle una monita," o lo que es igual, un barrenos de treinta a cuarenta centímetros de profundidad. Posiblemente la "cañuela" o mecha estaba húmeda o "cortada," y "la monita" no "tronó." Se procedió a hacer otro barrenos igual sin descargar previamente el primero, y más o menos cerca de éste; y a los golpes explotó el cartucho que se había creído inofen-

sivo, ya que se tenía la seguridad de que no explotaría. Cuando el humo y la sorpresa se hubieron disipado a medias, se vió que había "un muertito," mejor dicho, pedazos de cadáver. Hubo qué recoger aquellos despojos en un costal. Se recogieron con la mayor escrupulosidad posible, y al salir afuera los pusieron sobre aquella camilla.

Se mandó llamar al Jefe Político. Hubo interrogatorios, discusiones, réplicas y demás, y al fin se acordó dar sepultura a aquellos informes restos. A la entrada de la mina se habían aglomerado varias mujeres ansiosas por saber detalles del suceso, que se había divulgado rápidamente. Cada una de aquellas mujeres temía que el muerto hubiera sido su padre, su hermano, su hijo o su esposo... El portero pugnaba por detener a las más decididas que a toda costa querían penetrar al despacho para contemplar al muerto.

De pronto, por entre el grupo de mujeres y chiquillos, atraviesan, abriéndose paso trabajosamente, dos mujeres, con semblante en el que se retrata la más viva aflicción. Son la madre y la novia del muerto, que no es otro que Daniel...

Presas de un dolor indescriptible, aquella anciana besa los pedazos de cadáver, que fuera su hijo adorado, al que todavía esa mañana había dado la bendición antes de irse a trabajar...

Lanza gritos desgarradores y llama a su hijo con los nombres más cariñosos. Maldice la mina, maldice a sus dueños, maldice a todo y a todos, y loca de dolor rueda por el suelo víctima de un ataque de nervios.

Entre tanto, Margarita, alelada y con la mirada fija en la camilla parece una estatua. Al fin, de sus ojos brota un torrente de lágrimas, y lanzando un doloroso grito se arroja sobre aquellos despojos. Los besa con delirio bañándolos en llanto...

Dos hombres tratan de apartarla a fin de llevarse aquellos restos, mientras la anciana es atendida por algunas mujeres que al fin han logrado penetrar al despacho. Cuatro hombres se disponen a llevarse la camilla, pero Margarita se opone de manera enérgica.

(Sigue en la página 43)